

minos públicos, y abierto nuevas vías de comunicacion para dar impulso al comercio y á la industria, con los cuantiosos fondos que habia destinado á mejoras materiales, y que habia respetado en medio de los mayores conflictos: se habria sometido á los indios bárbaros de la frontera, y estendido por aquella parte los dominios de la civilizacion, para cuyo fin habia pensado emplear en aquel servicio la fuerza armada, cuando se viera libre de conspiradores y rebeldes: se habria limpiado la tierra de vagos y malhechores con el establecimiento de una fuerza de seguridad pública, decretada en Febrero para defender la vida y la hacienda de los ciudadanos: se habrian establecido colonias, y favorecido la inmigracion extranjera para llevar al pais brazos que cultiváran sus campos desiertos. La República en fin se habria salvado, y en poco tiempo se habria engrandecido, convirtiendose en mansion de todos los placeres, en vez de ser teatro de todos los horrores.

Nada impedía entonces la reconciliacion, y todo contribuia por el contrario á facilitarla. Comonfort habia llegado al mas alto grado de popularidad á que puede llegar un gobernante. Todavía en el extranjero se le hacia pasar por demagogo y por impió, por cruel y perseguidor; pero en el interior ya no hacian mella estas calumnias, porque estaban presentes los hechos que las desmentian. En vano las propalaban aun los papeles reaccionarios: los amigos del Presidente ó los imparciales, se contentaban con señalar los acontecimientos y decir á los calumniado-

res: abrid los ojos, y ved. Los amigos del Presidente podian en efecto apelar á sus enemigos leales, é invocar el testimonio de los que de buena fé desaprobaban su política, contra los ataques que le dirigía la ciega pasion de los otros. El hombre que era objeto de aquellos incomprendibles rencores, presentaba en su vida de revolucionario y de gobernante el mas raro ejemplo de humanidad de que habia memoria en las revoluciones mejicanas. Siendo caudillo de la revolucion de Ayutla, habia salvado la vida á sus prisioneros, no obstante que los actos de la dictadura provocaban sangrientas represalias; y su primer cuidado al subir al poder, habia sido poner un freno á la revolucion triunfante para que no tomara venganza de los vencidos. En la primera reaccion de Puebla habia encontrado á los salvados y favorecidos por él, y los habia perdonado despues de vencerlos. Los habia encontrado tambien en la segunda, y de nuevo les habia otorgado el perdon. Los habia encontrado en la reaccion de San Luis, y tambien los habia perdonado. Estos hechos eran notorios, y ellos desmentian victoriosamente á los que le pintaban como un perseguidor implacable y sangriento. Ellos mismos eran además un palpitante testimonio contra los ultrages que publicaban: el Presidente los conocía, y los dejaba libres para que siguieran calumniándole. Nunca se habia visto un dictador que diera tanta libertad á sus enemigos para ofenderle. Solian quejarse ellos de que no la tenian, fingiéndose víctimas del tirano que les ponía una mordaza; pero como al mismo tiempo lanzaban contra él los mas horrendos ultrages que puede inventar el

odio, saltaba á los ojos la malicia de tales quejas, porque con la libertad que aparentaban faltarles, no habrian sido capaces de discurrir una sola injuria que no hubieran estampado ya contra el Presidente.

Las acriminaciones de esta oposicion estaban además destruidas por las que constantemente le hizo la oposicion revolucionaria, á causa de su excesiva indulgencia con los rebeldes. Pero despues de los hechos que habian pasado, el carácter contradictorio de aquellas oposiciones, solo sirvió para realzar más las cualidades del Presidente, y para que los hombres desapasionados y justos le juzgaran merecedor del aura popular que circundaba su nombre. Los conservadores de buena ley no podian negar que habia sido tan afortunado para vencer á sus enemigos como generoso para perdonarlos; y tenian que atribuir aquella constante fortuna á las virtudes del vencedor, á la opinion que le apoyaba, al cielo que le protegía, ó á todas estas cosas juntas. Los liberales juiciosos tenian que confesar que el pensamiento político de aquella administracion valia mas que todos los sistemas ensayados hasta entonces, una vez que habia sido capaz de reunir en torno del hombre que le habia escrito en su bandera, tantos elementos de fuerza material y moral como habian sido menester para contrarrestar los desesperados esfuerzos de una revolucion infatigable. Aquel hombre tachado de cruel por unos, nunca dejaba de perdonar á sus mas implacables enemigos, con tal que no fueran mas que rebeldes ó conspiradores: aquel hombre tachado de débil por otros, nun-

ca dejó impune una falta de sus mas ardientes partidarios. Acababa de indultar á los facciosos vencidos, cuando encerró en una prision á los generales Traconis y Pueblita, acusado el primero de haber cometido abusos, siendo gobernador y comandante general de Puebla, y el segundo de haber cometido estorsiones mandando una brigada en campaña.

Comentabanse estos rasgos de un modo lisongero para la fama del Presidente, al mismo tiempo que se recordaban los hechos que le daban por hijo de la fortuna. No habia conspiracion que no descubriera, ni pronunciamiento que no sofocara, ni campo de batalla en que no saliera vencedor. Siempre habia una voz que le advertía de los peligros; siempre tenia una luz con que penetrar los secretos mas reconditos de las conjuraciones; nunca faltaba un error de sus enemigos que los perdia; siempre ocurría algun incidente que le salvaba: y cuando no bastaban para ello los ordinarios recursos de la prudencia y de la prevision, se presentaban como por milagro para producir el mismo efecto, los medios mas estraños é imprevistos. Entre otros muchos casos que podrian referirse para comprobar esta observacion, merece ser contado el siguiente.

Un dia recibió Comonfort un papel suscrito con simples letras iniciales, y que estaba concebido en estos términos: "Si Vd. me dá palabra de recibirme á solas y de que he de salir de Palacio salvo é ileso, iré á ver á Vd. esta noche á la hora que me señale, y le daré un aviso

que importa mucho á su vida." El Presidente escribió esta respuesta: "Doy á Vd. la palabra que pide: puede Vd. venir á tal hora y subir por tal escalera, y será recibido conforme á sus deseos."

El autor del papel acudió á la hora de la cita; un criado que le aguardaba, le introdujo en una de las piezas que dan al jardín del Palacio; avisó el Presidente; y á poco rato se presentó este allí, y se encontró con un hombre que le era completamente desconocido.—"¿Estamos solos?" dijo este. "Enteramente solos," respondió Comonfort.—"¿Nadie nos oye?"—"Nadie: puede Vd. decirme sin temor todo lo que guste."

Entonces el-desconocido dió una vuelta por el aposento, se asomó á las ventanas, levantó las cortinas, escudriñó con mirada inquieta todos los rincones; y dijo al cabo:—"No estamos bien en esta pieza."—"Pues pasaremos á otra," respondió Comonfort—y entrando en la inmediata delante del otro, tomó asiento y le dijo: "¿Le parece á Vd. que estaremos bien aquí?"

El misterioso personaje hizo en aquel aposento lo mismo que habia hecho en el primero: le recorrió en todas direcciones, miró á todos lados, aplicó el oído á los rumores que venian de afuera; y no dandose aun por satisfecho del silencio y de la soledad que allí reinaban, dijo por fin en el mismo tono que antes:—"Me parece que tampoco aquí estamos bien."

Entonces Comonfort abrió la puerta del aposento contiguo, y entró en él con su interlocutor, no sin ocurrirle que podia ser aquello una celada, y que se encontraba solo y desarmado delante de un hombre cuya estraña conducta era mas propia para infundir recelos que confianza en aquella época de rencorosas pasiones. Resuelto no obstante á llevar á cabo la aventura, dijo con buen humor al desconocido que le pedia excusas de su impertinencia:—"No tenga Vd. cuidado, que en Palacio sobran aposentos, y al cabo hemos de encontrar alguno que le guste á Vd. Vea Vd. pues si este le acomoda; y sino, buscaremos otro."

Tendió el hombre su mirada escrutadora por todas partes, y dijo; "No se moleste V. más, Sr. Presidente, porque creo que aquí estamos bien."—Y sentandose despues en frente de Comonfort, abrió la conversacion con esta pregunta:—¿Me conoce V. á mí?—No señor, respondió el General.—Insistió en la pregunta, recomendando al General que le mirára bien, y este repitió: "No señor, no me acuerdo de haber visto á V. nunca."

Calló un instante, y preguntó en seguida: "¿Ha oido V. hablar del Cura de Zacapoaxtla?—Demasiado, respondió Comonfort con tono festivo; como que es uno de los eclesiásticos que me han hecho mas cruda guerra.

El desconocido dijo entonces:

—*Yo soy el cura de Zacapoaxtla.*

Esta revelacion era para sorprender á cualquiera, y propósito para aumentar las confusiones que debia producir en el animo de Comonfort tan estraña visita. Aquel sacerdote habia sido el primero en levantar un pendon rebelde, reuniendo bajo de él á los habitantes de su curato, y era considerado como el prototipo de todas las pasiones reaccionarias de la época. Se le habia visto entrar en Puebla á la cabeza de sus feligreses, como un capitán al frente de sus soldados, guerrear durante el sitio y ocultarse despues sin tomar parte en la capitulacion. Profugo desde entonces y oculto, no habia cesado de trabajar por la causa de los descontentos, burlando siempre las pesquisas de la autoridad; y en aquellos dias se ignoraba de todo punto su paradero, sin que nadie pudiera sospechar que se encontrase en la capital de la República, cuanto menos delante del gefe del Estado.

Sorprendido este de verle en su presencia, le habló con bondad, se esforzó por tranquilizarle, y le rogó que le manifestára por fin cual era el obgeto de aquella visita. “Mi obgeto es, dijo el cura, avisar á V. que un hombre, que está en Palacio todos los dias, y que duerme en él “las mas de las noches, tiene el propósito y el compromiso de asesinar á V. en cuanto se le presente una ocasion “oportuna.” Aunque se lo preguntó el Presidente, negóse el cura á declarar el nombre del individuo á quien aludia; pero dijo cuales eran su clase y su empleo, dió algunos indicios para que se viniese en conocimiento de quien era, y aun indicó el modo de averiguar si era cierta

la horrible intencion que se le achacaba, concluyendo con aconsejar al Presidente que viviera con las debidas precauciones.

Dióle Comonfort las gracias, y le preguntó qué causas le habian impulsado á darle aquel aviso, siendo como era uno de los enemigos mas implacables de su gobierno. El cura le respondió:—“La familia N. tiene con V. una deuda de gratitud por un favor especial que V. la dispensó en un tiempo, y yo debo á mi vez gratitud y amistad á esa familia. Ella ha sabido el atentado que se medita contra V.; me ha suplicado que dé este paso, y yo he obsequiado su súplica. De este modo, ella ha querido pagar su deuda, y yo he procurado satisfacer la mia.”

Dicho esto, el cura de Zacapoaxtla se levantó para despedirse, y reclamó el cumplimiento de la palabra que se le habia dado. El Presidente le dijo que él mismo le iba á acompañar para que fuera mas seguro; llamó á un criado, pidió una capa, se embozó en ella, y dijo:—“Vamos.”

Salieron juntos de Palacio, atravesaron la Plaza, y llegaron al Empedradillo, donde se pararon un poco entre la esquina de aquella calle y la Cruz del Atrio de la Catedral. Instaba el cura al Presidente para que se retirára ya, pero Comonfort le dijo: “Todavía no, porque aun corre V. peligro de ser preso aquí por algun individuo de la policia: dígame V. que rumbo lleva, y le acompañaré otro

rato."—"Por Tacuba y Santa Clara," respondió el cura. Siguiéron pues departiendo por la calle del Empedradillo, torcieron por la de Tacuba, y llegaron á la de Santa Clara, donde se detuvieron otra vez cerca del convento. Allí dijo el Presidente al cura que si todavía no se consideraba enteramente seguro, no tenía inconveniente en acompañarle hasta mas lejos: dióle el cura las gracias, asegurándole que ya nada tenía que temer; y entonces se despidieron uno de otro, como si fueran dos amigos, el Presidente Comonfort y el cura de Zacapoaxtla, volviéndose el primero á Palacio, y continuando el otro su camino, hasta ganar el rincón donde se ocultaba á las miradas de la policía.

Las indagaciones que se hicieron despues á consecuencia de aquella revelacion, probaron que era fundada; y Comonfort ha contado alguna vez este caso, cuando ha venido á propósito de probar que las acciones buenas encuentran tarde ó temprano la recompensa merecida.

Este hecho no se hizo público, pero sí otro que ocurrió en aquellos días, y que aunque no de igual naturaleza, merece ser consignado aquí, por lo mucho que contribuyó á cimentar en el espíritu público la popularidad del Presidente. En uno de los últimos días de Febrero, cuando apenas existían ya reliquias de la revolucion de San Luis, porque sus principales caudillos habían caído en poder del gobierno, y otros andaban profugos ó se acogían al indulto, D. Ignacio Gutierrez, preso en un cuartel de la

capital, logró limar las rejas de su prision, ayudado por algunos de sus amigos, con el obgeto de evadirse y levantar una nueva guerrilla, juntarse con alguna de las que todavía andaban por el Sur ó por la Sierra, ó reunirse á Blancarte que estaba en Zapopan. Pero al poner por obra su plan, tuvo la desgracia de caer mal á la calle, y se rompió una pierna; por cuyo motivo, imposibilitado de andar, la policía le aprehendió inmediatamente, y le volvió á su encierro. Es fama que el caudillo rebelde, al verse contrariado en su propósito de una manera tan inesperada y tan cruel, exclamó con un acento de convicción profunda: "Es necesario que nos demos ya por vencidos; contra este hombre no se puede luchar, porque Dios le protege."

Como estas razones eran propias del caso, y como estaban justificadas por los acontecimientos que acababan de pasar, ni un momento se dudó que fuesen auténticas; y los comentarios á que se prestaban, eran de los mas apropiados para herir fuertemente la imaginacion del pueblo. Se pensó, pues, que tanta fortuna del gobierno y tanta mala ventura de la reaccion, no podían menos de ser cosas providenciales: y de este modo, al mismo tiempo que los reaccionarios hacían un supremo esfuerzo por presentar á Comonfort ante el mundo como irreligioso é impio, dentro del país ocurrían hechos que daban á su popularidad un carácter piadoso.

Comonfort había triunfado con su pensamiento; y este

pensamiento que nunca habia sido racionalmente rechazado porque era un pensamiento de fraternidad, se presentaba ya entonces coronado con el laurel de la victoria, y tenia en su favor todos los prestigios de la gloria y de la fortuna. Comonfort podía ya proclamarle en voz alta, sin miedo de que fuera un escándalo para las facciones extremas, porque las facciones estaban vencidas. Podía cubrir con la egida de su poder las tradiciones de lo pasado, sin que la revolucion osára oponérsele, porque habia encadenado y domado á la revolucion: podía poner la mano en la reforma de las instituciones antiguas, sin que el retroceso lo pudiera impedir, porque habia derrotado al retroceso. La ocasion era pues propicia para que los partidos se reconciliaran; y si no lo hubiera impedido la circunstancia señalada antes, de no tener la verdadera idea conservadora una organizacion de partido político, entonces se habrian resuelto pacíficamente todos las cuestiones que tenian agitada á la República. Las reformas eclesiásticas se habrian verificado de acuerdo con la cabeza de la Iglesia, conforme al espíritu del siglo y á las necesidades de la nacion: las reformas políticas se habrian llevado á efecto, con provecho y con gusto de los menos adictos á transformaciones y mudanzas: todos los elementos de discordia habrian desaparecido; todos los pretextos para nuevos trastornos se habrian acabado: el pais habria entrado sin violencia en las vias del progreso; y se habria consumado en fin una gran revolucion social, que habria hecho imposibles para siempre las reacciones.

La Providencia lo dispuso de otro modo, porque sin duda no era tiempo todavía de dar la paz á Méjico Comonfort habia triunfado hasta entonces de todos sus enemigos, pero á su lado y á su sombra se habia ido formando otro mas formidable que todos ellos; y apenas acababa de derrotarlos en su último campo de batalla, cuando el nuevo se presentó en la palestra. Era tanto mas temible, cuanto que presentándose con faz de amigo y de aliado, Comonfort tuvo que abrirle los brazos y estrecharle como tal en ellos. Esto le perdió, porque acostumbrado á luchar en campo abierto y en franca lid con sus enemigos, no supo evitar el golpe mortal que el nuevo le asestó el mismo dia de su mentirosa alianza. Con él de nada le valieron su prudencia, su constancia ni su valor; delante de él se eclipsó su estrella, y le abandonó la fortuna que tantas veces le habia sido amiga y protectora. Este enemigo era la Constitucion de 1857.